

FOREIGN AFFAIRS

LATINOAMÉRICA

VOLUMEN 21 • NÚMERO 1

ENERO-MARZO 2021

El complejo mesiánico

Cita recomendada:

Winter, Brian, (2021) "El complejo mesiánico", *Foreign Affairs Latinoamérica*, Vol. 21: Núm. 1, pp. 126-135.

Disponible en: www.fal.itam.mx

El complejo mesiánico

Cómo creó Brasil a Bolsonaro

 *Brian Winter*

Brasil presenta una cara frente al mundo: un país de playas relucientes y favelas en las laderas de los cerros, de iglesias y museos excelsos de Oscar Niemeyer, de João Gilberto cantando la “Garota de Ipanema”. Es el Brasil de Río de Janeiro, que es también, no por casualidad, la ciudad que alberga acontecimientos mundiales, como los Juegos Olímpicos, y que sirve como base de la mayoría de los corresponsales extranjeros. Este Brasil es turbulento pero romántico, un mosaico racial violento pero irresistible. Es una postal, una pesadilla, un sueño.

Inevitablemente, un país de 210 millones de habitantes tiene muchas otras caras, desde las aldeas a orillas del Amazonas hasta los rascacielos al estilo de *Blade Runner* de São Paulo y el viejo territorio de los gauchos del sur de Brasil. Sin embargo, tal vez el Brasil menos conocido para los extranjeros es lo que los brasileños llaman —a veces con cariño, a veces con exasperación— el *interiorzão*, que literalmente se traduce como “el gran interior”.

El *interiorzão* no viene señalado en ningún mapa, pero en general se refiere a una franja de tierra que se comba en torno al centro geográfico del país, desde el estado de Mato Grosso do Sul al oeste, pasando por Goiás, Minas Gerais y partes de Bahía hacia el este. Es el Brasil de las plantaciones de soya y los ranchos ganaderos, de inmensas camionetas Ford, centros comerciales con aire acondicionado y churrasquerías de tenedor libre. Hay partes viejas, pero la mayoría se construyó más o menos en los últimos 30 años. En vez de sincretismo afrocatólico y bossa nova, presume aparatosas iglesias evangélicas y *sertanejo*, un género de música campirana tropicalizada que cantan hombres de recio pecho enfundados en pantalones de mezclilla Wrangler y sombreros vaqueros.

El *interiorzão*, más que cualquier otra región, es también el Brasil del presidente Jair Bolsonaro. Allí es donde las encuestas muestran el mayor y más enérgico apoyo. Y es fundamental entender por qué un Presidente que suele ser visto en el resto

BRIAN WINTER es Jefe de Redacción de *Americas Quarterly*. Fue corresponsal en Brasil entre 2010 y 2015 y es autor o coautor de cuatro libros sobre la región. Sígallo en Twitter en @BrazilBrian.

del mundo con una mezcla de horror e incompreensión ha conservado un índice de aprobación interna sostenido de aproximadamente 40%. El gobierno de Bolsonaro ha visto uno de los más mortales brotes de covid-19 del mundo, un historial económico decepcionante, un clamor mundial por la deforestación de la Amazonia y un surtido cada vez mayor de escándalos protagonizados por sus aliados y familiares. Con todo, sus seguidores permanecen firmes a su lado.

Desde que asumió la presidencia en enero de 2019, el exparacaidista del ejército de 65 años ha alimentado a sus seguidores con una dieta persistente de confrontación y agravios con el lema “Brasil por encima de todo, Dios por encima de todos”. La historia de su gobierno a la fecha ilustra cómo una generación de populistas del siglo XXI, que incluye personajes tan disímiles como el presidente de Estados Unidos Donald Trump, el de Hungría Viktor Orban y el de Filipinas Rodrigo Duterte, se han sostenido en el poder mucho más de lo que muchos observadores esperaban. Los factores mundiales que entronizaron a estos líderes —como el renaciente nacionalismo y el enojo por la progresiva desigualdad económica— están documentados exhaustivamente. Sin embargo, hay factores locales que han tenido el mismo peso: en el caso de Brasil, son el crecimiento del cristianismo evangélico y el legado del gobierno militar, que nunca fue del todo superado. Buena parte de la cobertura de Bolsonaro que hacen los medios de comunicación, en el país y el extranjero, retrata a su gobierno como si estuviera permanentemente al borde del colapso, como si una gran epifanía nacional estuviera justo a la vuelta de la esquina. Sin embargo, una observación más profunda revela que el apoyo a Bolsonaro —y quizá a algunos de su grupo— es sorprendentemente resistente, aun cuando es obvio en muchos sentidos que no ha arrojado resultados positivos, ya sea para su base electoral o el país en conjunto.

UN PAÍS EN CRISIS

Bolsonaro gasta mucha energía en denunciar los males que según él han sumergido a Brasil en la crisis económica y política que comenzó en 2013, un abismo del que no termina de salir. Despotrica contra la “ideología de género” y la decadencia moral, y ataca a todos los supuestos “comunistas” que gobernaron Brasil durante los últimos 25 años (en realidad, toda una gama de líderes de la izquierda moderada a la derecha de centro) y hasta contra la activista del cambio climático Greta Thunberg (“mocosa”). Estas diatribas son amplificadas en internet por la llamada milicia digital, compuesta básicamente por veintitantos acólitos que hablan de una revolución conservadora que durará 100 años.

El llamado de Bolsonaro a aumentar la posesión de armas para liberar a Brasil de todos los males, incluida la pandemia de covid-19, y sus enfrentamientos incesantes con el Congreso y el poder judicial han alienado o simplemente agotado a muchas zonas cosmopolitas del país, como Río de Janeiro. En las encuestas nacionales, sus índices negativos han aumentado gradualmente. Sin embargo, en ciudades del interior, como Cuiabá y Goiânia, y pueblos más pequeños como Barretos, donde el Presidente montó un caballo en un rodeo un año atrás, no deja de crecer el fervor

por el hombre al que llaman *El Mesías* (Messias, créase o no, es el segundo nombre de Bolsonaro).

Mantener una base social leal y activa aun a costa de una intensa polarización es considerado por los políticos de todo el mundo un mal necesario en esta época de redes sociales. Sin embargo, en la política brasileña siempre ha sido un asunto de vida o muerte, a veces en el sentido más literal. Dos de los cuatro últimos presidentes que ganaron las elecciones en Brasil antes que Bolsonaro cayeron en desgracia tras ver desvanecerse su apoyo popular: en 1992 y en 2016. En los últimos 70 años, un presidente renunció a menos de un año de ocupar el cargo, otro se suicidó estando en funciones, uno fue derrocado por un golpe militar, otro más pudo haber sido asesinado luego de dejar la presidencia y todavía otro falleció —por causas naturales— justo antes de comenzar su mandato. El predecesor inmediato de Bolsonaro, Michel Temer, vio hundirse su índice de aprobación hasta llegar a 3% y solo logró evitar la destitución en 2017 inyectando sumas millonarias para obtener aliados en el Congreso. Brasil no es un buen país para los presidentes que no tienen amigos.

A la fecha, se han presentado en el Congreso al menos cuarenta mociones para destituir a Bolsonaro por diversas causas, entre ellas, su desastroso manejo de la pan-

demia y su supuesta interferencia en la investigación de sus aliados por parte de la Policía Federal. Se dice en Brasilia que los líderes del Congreso esperarían al menos hasta finales de 2020 para dejar avanzar estos casos, cuando presumiblemente haya pasado lo peor de la pandemia, por temor a hundir al país en una crisis

Pese a las comparaciones con Trump, Bolsonaro es una invención brasileña.

aún más profunda. Sin embargo, el verdadero disuasor es el apoyo del que goza Bolsonaro, tanto de su base resiliente como entre las fuerzas armadas, una combinación que vuelve impracticable la destitución, si no es que peligrosa para sus proponentes. Si el Presidente puede conservar estos dos pilares, incluso los líderes de la oposición reconocen —en privado y a regañadientes— que es probable que termine su periodo de 4 años a finales de 2022. En Brasil, eso ya sería un logro.

Desde luego, sobrevivir no lo es todo. Brasil ha visto algún progreso con Bolsonaro: los delitos violentos se han reducido (aunque se debate cuáles sean las causas) y el gobierno ha logrado aprobar algunas reformas favorables al mercado y reducir los trámites burocráticos de los pequeños empresarios. Sin embargo, en conjunto el país se ve terriblemente paralizado. Está ante la posibilidad real de una segunda “década perdida” consecutiva de estancamiento económico, disfunción política y ambiciones menores. Aun antes de que comenzara la pandemia, la moribunda economía de Brasil era menor de lo que había sido en 2010, medida en ingresos per cápita, y con Bolsonaro no ha crecido más que con sus predecesores.

Un país que hace una década clamaba por un lugar permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y se preparaba para hospedar la Copa Mundial y los Juegos Olímpicos ahora parece conformarse con una política exterior de alineamiento casi automático con Estados Unidos, hasta ahora con pocos beneficios

tangibles a cambio. El hambre crece, la clase media se encoge y hay quienes temen que la democracia misma esté en peligro. Aun así, este hombre, que es mejor conocido en el extranjero por decirle a una legisladora que “no merecía ser violada” y por hacer declaraciones como “un policía que no mata no es un policía”, no ha visto menguar su popularidad ni siquiera en 1% en algunas encuestas. Para comprender esto se necesita investigar más hondo en el presente y el pasado de Brasil.

¿UN TRUMP TROPICAL?

La cobertura de los medios de comunicación internacionales tiende a retratar a Bolsonaro como “el Trump tropical”, un nacionalista de “extrema derecha” que es todavía más inculto, vulgar y amenazante para el orden establecido que el hombre de la Casa Blanca. Esta descripción es incompleta, aunque no del todo injusta.

El propio Bolsonaro, de hecho, ha contribuido a alentar las comparaciones; incluso, una vez subió un video a Facebook en el que no hizo más que sentarse más de una hora frente a la televisión viendo a Trump dar un discurso. El perfil político nacional de Bolsonaro comenzó a desprenderse a principios de 2017, justo cuando Trump asumió la presidencia, y es obvio que hizo sus apuntes. Conservadores destacados de Estados Unidos, entre ellos Steve Bannon, tienen vínculos directos con el gobierno en Brasilia. Y en 2019, la Conferencia de Acción Política Conservadora, una organización estadounidense de extrema derecha, tuvo por primera vez su encuentro en Brasil. En noviembre de 2018, el hijo de Bolsonaro, Eduardo, miembro del Congreso brasileño, salió del hotel de Trump en Washington, DC, llevando una gorra con la leyenda “Make America Great Again”. El propio Bolsonaro se queja de las “noticias falsas”, fantasea en voz alta sobre encarcelar a sus rivales políticos y conduce una cruzada incesante contra las instituciones independientes, entre las que destaca la Corte Suprema. Al igual que Trump, Bolsonaro va por su tercer matrimonio, con una mujer mucho más joven que luce muy bien en la televisión. Por momentos, las similitudes son escalofriantes.

Mas no nos equivoquemos, Bolsonaro es una invención brasileña. Es el producto de una ingente crisis económica y política que el país ha soportado más de una década y, con el mismo peso, de la larga tradición de Brasil en ser gobernado por hombres blancos conservadores con antecedentes militares. Durante la mayor parte de la historia del país, desde la monarquía del emperador Dom Pedro II en el siglo XIX y aun antes, miembros de las fuerzas armadas han ocupado posiciones decisivas en la política y la vida económica, y llegaron a formar la columna vertebral de la élite del país. Uno puede ver claramente el legado en Río de Janeiro, la capital de Brasil desde su independencia hasta 1960, donde un número desproporcionado de vías de comunicación llevan nombres de próceres, como avenida Almirante Barroso, túnel Mayor Vaz y calle Capitán César de Andrade.

Hace un siglo, un editorial de la revista militar *A Defesa Nacional* expresó la necesidad de que las fuerzas armadas de Brasil ejercieran un “papel conservador y estabilizador” en las políticas públicas para corregir lo que los oficiales veían como excesos

inevitables de egoísmo y corrupción de los líderes civiles. En las décadas siguientes, las fuerzas armadas actuaron con este sentido de nobleza obliga, aunque guardaban un módico decoro. Esto cambió en 1964, cuando derrocaron al presidente João Goulart, quien coqueteaba con China y Cuba. La dictadura se sostuvo en el poder hasta 1985 y supervisó un crecimiento económico extraordinario, el llamado “milagro brasileño”, cuando el PIB creció a más del 10% anual, hasta que se sofocó entre la inflación elevada y una deuda insostenible. El régimen también torturó y asesinó a los sospechosos de disidencia, censuró los medios de comunicación y toleró poca oposición en el Congreso.

Las fuerzas armadas salieron de esa era sometidas e impopulares, pero no del todo caídas en desgracia. Los generales de Brasil, a diferencia de sus contemporáneos en la vecina Argentina, pudieron dictar en buena medida los términos de la transición a la democracia y nunca rindieron cuentas por sus crímenes. Al principio, los líderes civiles no administraron mejor la economía y en las calles la delincuencia comenzó a escalar desenfadadamente. Con todo, el final de la Guerra Fría pareció indicar que los días de los golpes de Estado y los líderes militares habían quedado atrás, no solo en Brasil, sino en toda Latinoamérica. Dos presidentes transformadores que cumplieron sendos términos, Fernando Henrique Cardoso (de 1995 a 2003) y Luiz Inácio Lula da Silva (de 2003 a 2011), abrieron el paso a un periodo de sólido crecimiento económico y estabilidad democrática, y Cardoso precavidamente fundó un Ministerio de Defensa operado por civiles por primera vez en la historia de Brasil. Con la presidenta Dilma Rousseff (de 2011 a 2016), una exguerrillera de izquierda que había sido torturada por la dictadura, se estableció una comisión

de la verdad para investigar los crímenes pasados, aunque no tenía poder para arrestar ni castigar a nadie. Parecía que los soldados se habían retirado a las barracas para siempre.

Que haya sido Bolsonaro quien trajera nuevamente a los militares al poder, o casi, es profundamente irónico. Bolsonaro sirvió en el ejército entre 1977 y 1988, pero tuvo conflictos

con oficiales de más alta jerarquía en varias ocasiones y nunca pasó del rango de capitán. En una ocasión, estuvo 15 días detenido en una penitenciaría por insubordinación; en otra, fue juzgado en el fuero militar por un presunto complot para volar las instalaciones de agua de Río de Janeiro, supuestamente para protestar por los bajos salarios de las tropas militares (Bolsonaro negó los cargos y fue absuelto por falta de pruebas). Uno de sus comandantes lo describió como una persona “carente de lógica, racionalidad y equilibrio”. El general Ernesto Geisel, Presidente durante la dictadura militar, señaló a Bolsonaro en una entrevista de 1993 como “un mal soldado” y “un caso anormal”.

El estilo subversivo de Bolsonaro siempre funcionó mejor entre las tropas militares que entre sus comandantes; en 1991, luego de haber dejado el servicio activo, Bolsonaro fue elegido para el Congreso en representación de Río de Janeiro, hogar

*En la historia de Brasil,
Bolsonaro no es una
aberración, sino un regreso
a la normalidad.*

de un gran contingente de militares veteranos retirados. Pronto destacó como una voz solitaria y llena de nostalgia por la dictadura, en un momento en que esos sentimientos no eran inusuales en privado, pero definitivamente eran un tabú en público. También llamó la atención por su invectiva contra las mujeres, miembros de la comunidad homosexual, izquierdistas y personalidades del sistema, como Cardoso, de quien dijo “deberían haberlo matado” durante la dictadura “junto con otros 30 000 corruptos”. Durante sus 27 años como legislador, esas declaraciones ocuparon muchas veces los titulares, pero Bolsonaro era tratado casi como un espectáculo de relleno: más una vergüenza que una amenaza; era demasiado marginal para ser tomado en serio.

Luego vino el colapso. Poco después de que terminara el auge de las materias primas de la primera década del siglo XXI, Brasil cayó en un mar de protestas callejeras, la peor recesión en la historia del país y una serie de escándalos de corrupción sin precedentes. La delincuencia también continuó al alza; en 2017, Brasil registró 63 000 homicidios, más que cualquier otro país. En una historia que se repite en otros países, comparativamente menos aquejados en los últimos años, el estatus marginal de Bolsonaro se volvió de pronto su mayor ventaja.

Sin embargo, es solo una parte de la historia. Para 2018, el año de las elecciones, las encuestas mostraban que los militares habían vuelto a ser la institución más popular de Brasil. Se debió, justamente, a que los soldados habían estado ausentes de la política durante muchos años y, por lo tanto, no podían ser culpados del desastre. Se desbordó la nostalgia por un pasado más seguro, más estable y supuestamente menos corrupto. Bolsonaro destacó a conciencia su pasado militar durante la campaña (dejando fuera las partes desagradables, desde luego) y escogió a un militar retirado como compañero de fórmula. Para algunos votantes, Bolsonaro representaba más una restauración que una revolución, aun cuando muchos de ellos, en un país donde la mitad de la población tiene menos de 35 años, eran demasiado jóvenes para entender exactamente su significado.

Desde su llegada a la presidencia, Bolsonaro ha vuelto a sentar a los militares a la mesa, al grado que muchos brasileños piensan que su gestión es un gobierno militar en todo, menos el nombre. Hasta julio de 2020, soldados retirados o en servicio activo dirigían diez de los veintitrés ministerios y ocupaban cientos de puestos clave en toda la burocracia federal. Junto con los conservadores, forman los dos pilares del apoyo de Bolsonaro.

En privado, miembros de las fuerzas armadas comentan que su experiencia ha sido variada. Están encantados de que uno de los suyos dirija el Ministerio de Defensa, en vez de los líderes civiles de los años anteriores. No es coincidencia que el gobierno haya exentado a los militares de los recientes recortes al presupuesto y las reducciones de las pensiones. Funcionarios de gobierno han prometido reescribir los libros de texto para quitar el énfasis en las atrocidades de la dictadura militar, y el trabajo de la Comisión Nacional de la Verdad ya casi se ha olvidado. Por otro lado, aunque los generales conocían a Bolsonaro mejor que nadie, muchos han expresado sorpresa ante la perpetua desorganización de su gobierno, su afición por los conflictos constantes y

el interés que pone en temas que ellos consideran secundarios (o del todo irrelevantes) para el bienestar de Brasil. Carlos Alberto dos Santos Cruz, un general de cuatro estrellas retirado, a quien Bolsonaro despidió de una posición elevada a principios de 2019, lo resumió por muchos cuando llamó al gobierno *um show de besteira* (“un espectáculo de mierda”).

EL GUERRERO CULTURAL INDÓMITO

Hay un tipo particular de votante de Bolsonaro que se arrepintió en 2019: relativamente próspero y bien educado, con frecuencia ejecutivo de banco o de una gran empresa. Entre esta pequeñísima pero desproporcionadamente influyente población, muchos señalan un momento particular en que se dieron cuenta de que el Presidente nunca iba a cambiar, que siempre sería el mismo provocador inestable que había sido desde la década de 1980.

Ese momento llegó apenas a los 2 meses de que asumiera la presidencia, el 5 de marzo de 2019, cuando Bolsonaro tuiteó un video de un hombre orinando en la cabeza de otro durante la celebración del Carnaval de São Paulo. El mensaje pretendía exponer la supuesta decadencia de la izquierda en general y la comunidad homosexual en particular. “No me gusta compartirlo, pero en esto se ha convertido el Carnaval de Brasil”, escribió el Presidente. Al día siguiente, empeñado en fingir ignorancia o alentar la controversia —no queda claro cuál— tuiteó: “¿Qué es una lluvia dorada?”

Esto ocupó los titulares de todo el mundo, y comediantes de programas nocturnos de televisión, desde Argentina hasta Estados Unidos, hicieron un festín. Sin embargo, en Brasil, en especial entre los círculos empresariales, el episodio se tomó con suma seriedad: una confirmación de que el gobierno de Bolsonaro siempre se trataría más de guerras culturales —de la necesidad de que “los niños vistan de azul y las niñas de rosa”, en palabras de la ministra de Asuntos de las Mujeres Damares Alves— que sobre reformas de mercado o, incluso, lucha contra la corrupción. Los medios de comunicación brasileños han informado extensamente sobre “el gabinete del odio”, un grupo de asistentes, en su mayoría jóvenes, que al parecer incluye a los tres hijos políticamente activos de Bolsonaro y se dedica a atacar y difundir noticias falsas sobre los opositores al gobierno (Bolsonaro y sus hijos niegan la existencia del grupo). El ideólogo principal del gobierno es Olavo de Carvalho, un astrólogo septuagenario que vive en los bosques de la Virginia rural, viste como un moderno hombre Marlboro y, mediante videos en YouTube, grabados por lo general antes del amanecer, insulta a todos los que se desvían de su versión del dogma conservador, incluidos generales y otras figuras militares del gobierno.

Una y otra vez, el Presidente ha optado por complacer a la porción olavista de su base (como se conoce), incluso si sabotea otros puntos de su agenda. En 2019, Carvalho y otros guerrilleros en línea volvieron su cólera contra Rodrigo Maia, el Presidente de la Cámara de Diputados de Brasil. Maia era clave para aprobar la propuesta de ley de reforma de pensiones que ayudaría a cerrar la brecha del déficit presupuestal y que representaba el santo grial de los seguidores del mercado en Brasil

por esos años. Maia, un hombre de centro, apoyó la reforma desde el primer día, pero aun así fue objeto de ataques implacables y con frecuencia vulgares en Twitter por parte de Carvalho y los hijos de Bolsonaro, quienes lo acusaban de ser parte de la vieja guardia corrupta de Brasilia. Maia reaccionó con exasperación: llamó al movimiento “un desierto de ideas”, instó a Bolsonaro a alejarse de las redes sociales y lamentó el “ambiente radical en el que todos los días hay que alimentar a los leones”. Luego de meses de demoras y algunos gestos forzados de reconciliación del Presidente, la reforma de las pensiones fue aprobada en octubre de 2019. Sin embargo, para entonces muchos inversionistas habían perdido interés y habían pasado a otra cosa.

Así, el enfoque combativo del Presidente ha provocado un gran daño a la economía. Wall Street fue el primero en alegrarse de la elección de Bolsonaro, por creer que el ministro de Finanzas Paulo Guedes, formado en la Universidad de Chicago, tendría la rienda suelta para recortar subsidios, privatizar empresas operadas por el Estado y simplificar lo que el Banco Mundial ha descrito como el sistema impositivo más complejo del mundo. (“Yo realmente no entiendo de economía”, insiste Bolsonaro, con la intención de subrayar la autonomía de su Ministro.) Guedes ha hecho algunos cambios, incluso privatizaciones, pero casi todas las reformas que significarían una transformación real requieren la aprobación legislativa. La relación de Bolsonaro con el Congreso ha sido tan disfuncional que en noviembre de 2019 abandonó a su propio partido, que él mismo había creado un año atrás. Con la agenda de reforma básicamente estancada, la economía de Brasil terminó creciendo apenas 1.1% en el primer año de Bolsonaro, el peor desempeño en 3 años y menos de la mitad de lo que los economistas esperaban cuando ocupó la presidencia.

Para muchos, la gota que derramó el vaso llegó a mediados de 2019, cuando estallaron incendios descomunales en la Amazonia provocados por especuladores de tierra ilegales y los comentaristas internacionales comenzaron a describir a Brasil con la palabra “paria”. Los activistas llamaron a boicotear la soya y la carne del país, y algunos fondos de inversión, sobre todo de Europa, sacaron las acciones brasileñas de su cartera de valores. Después de despoticar contra los “globalistas”, el gobierno finalmente tomó algunas medidas para sofocar los incendios, como desplegar fuerzas militares. Sin embargo, la inquietud resurgió a principios de 2020, cuando apareció un video de una reunión de gabinete en la que el Ministro de Medio Ambiente le exigía a Bolsonaro que eliminara todas las regulaciones ambientales posibles mientras el mundo estaba distraído con el covid-19. Esto desencadenó otra ola de inestabilidad política, presión por la pérdida de inversiones y exasperación con el Presidente. Un director ejecutivo de Brasil se lamentó en privado: “Es como Trump, pero sin la buena economía”.

EL APOYO FIEL A UN HOMBRE

En Brasil, como en cualquier otra parte del mundo, la pandemia ha exhibido las desventajas de esta generación de líderes populistas, tanto de izquierda como de derecha. A finales de junio de 2020, el Brasil de Bolsonaro, el Estados Unidos de Trump, el

Reino Unido de Boris Johnson y el México de Andrés Manuel López Obrador figuraban entre los países con el mayor número de muertes y casos confirmados. Brasil tiene una historia de respuestas de salud pública creativas y osadas para combatir enfermedades como el sida y el zika; sin embargo, Bolsonaro, nuevamente siguiendo el ejemplo de Washington, minimizó el covid-19 como una “gripe leve”, se rehusó una y otra vez a usar cubrebocas en público y defendió la cloroquina como una cura milagrosa. También despidió u obligó a renunciar a dos ministros de Salud en el lapso de un mes y debilitó a los gobernadores e intendentes que adoptaron políticas de distanciamiento social, en una medida que superó las acciones de Trump. Cuando en abril de 2020 los reporteros preguntaron a Bolsonaro sobre el creciente número de muertos, respondió: “¿Qué quieren que haga? Me llamo Messias, pero no hago milagros”. Incluso, cuando él mismo salió positivo en la prueba del virus en julio de 2020, su reacción inicial fue encogerse de hombros.

Todo esto no sirvió para hacer titubear a la base social de Bolsonaro. Este tampoco ha perdido su extraordinaria habilidad para explicar los reveses de su gobierno. Cuando Sergio Moro, un exjuez y figura icónica en la lucha contra la corrupción en Brasil, renunció como Ministro de Justicia de Bolsonaro en mayo de 2020, alegando que el Presidente había tratado de interferir en las investigaciones policiales, la brigada digital rápidamente lo acusó de “oportunista” y de no haber sido nunca un verdadero conservador. Las investigaciones a los dos hijos de Bolsonaro por su supuesta participación en un plan de soborno entre los servidores públicos de Río de Janeiro y por difundir declaraciones contra sus rivales han sido desechadas como expresiones de resentimiento de la élite corrupta que todavía está molesta por los resultados de las elecciones de 2018. La falta de apoyo que ha tenido Bolsonaro durante la pandemia entre los votantes pudientes y bien educados se ha visto compensada por un mayor apoyo entre los pobres de Brasil, quienes están agradecidos por recibir un nuevo subsidio gubernamental de emergencia de aproximadamente 125 dólares mensuales.

De hecho, mientras las muertes por covid-19 se acumulaban y la economía se hundía más en la recesión, muchos de los seguidores de Bolsonaro le seguían exigiendo que acumulara más poder. Esta vez, el blanco principal del ataque fue la Corte Suprema; aparecieron letreros en los mítines de Bolsonaro que instaban al Presidente a arrestar a ciertos miembros de la Corte o, incluso, a que la clausurara de plano. Luego de varios fallos adversos, Bolsonaro declaró que ni él ni las fuerzas armadas iban a aceptar más “órdenes absurdas” del Congreso o del poder judicial. Esto alimentó los difundidos rumores de que los militares podrían intervenir del lado de Bolsonaro en la lucha de poder e, incluso, dar un cuartelazo. La mayoría de los observadores lo dudan, en parte por los serios recelos que tienen varios comandantes del ejército respecto de Bolsonaro. De todos modos, tratar de adivinar las verdaderas motivaciones de los militares y la dinámica del poder entre los generales se han vuelto una vez más el pasatiempo nacional en Brasil, como lo fue durante la mayor parte de su historia hasta la década de 1990.

Mientras tanto, la oposición ha permanecido dividida y en busca de un nuevo mensaje, pero todavía centrada en su argumento perdedor de 2018: que Bolsonaro

representa una amenaza para la democracia. A mediados de 2020, había cobrado impulso suficiente para lanzar un frente amplio prodemocrático con jóvenes líderes prometedores, como Flávio Dino, Gobernador de izquierda del estado de Maranhão, y Luciano Huck, conductor de programas de televisión y empresario popular entre la comunidad empresarial y la clase trabajadora de Brasil. Sin embargo, buena parte de la izquierda se ha negado a participar. Las primeras encuestas apuntan a que las elecciones de 2022 serán otra batalla entre Bolsonaro y el izquierdista Partido de los Trabajadores, de *Lula da Silva* —que todavía es muy criticado por su responsabilidad en el colapso de Brasil de la última década—, y en semejante contienda, Bolsonaro ganaría cómodamente.

Las predicciones apocalípticas para Bolsonaro, frecuentes tanto en la prensa brasileña como la internacional, no se han cumplido. Algunos analistas políticos creen que los escándalos en los que están mezclados sus hijos van a perjudicar su índice de aprobación. Otros piensan que al no reelegirse Trump, Bolsonaro se quedó sin su mayor aliado y se precipitará un proceso de destitución en el Congreso. Todo es posible; los últimos problemas de Trump muestran que los populistas actuales no son invencibles. No obstante, probablemente estas predicciones se hicieron a partir de la misma falacia que infestó a los adversarios de Bolsonaro desde que comenzó su inesperado ascenso al poder: ignoran no solo la fuerte lealtad que inspira, sino también la naturaleza profundamente brasileña de su atractivo. En el largo curso de la historia, Bolsonaro no es una aberración, sino un retorno a la normalidad. La excepción fueron los últimos 30 años, cuando privaban la autoridad civil, cierto grado de tolerancia y un énfasis en reducir la desigualdad.

Hoy, de acuerdo con un sondeo de *Veja/FSB* realizado en febrero de 2020, 61% del país apoya la idea de Bolsonaro de abrir nuevas escuelas militares, 60% favorece la enseñanza religiosa obligatoria en las escuelas y la mayoría se opone al matrimonio homosexual y al aborto. El Brasil progresista que el mundo se había acostumbrado a ver, el Brasil de la samba y el Carnaval, todavía existe, no ha desaparecido; sin embargo, el Brasil de 2020 se parece más a su Presidente de lo que muchos se atreven a admitir. 🌐